

¡Cuidado con los gráficos!

Juan Ceyles Domínguez

Resumen: en el presente ensayo literario se muestra la experiencia del autor en su acercamiento y en el manejo de las representaciones gráficas en el ámbito de la Economía.

Palabras clave: gráficos, temor.

Códigos JEL: Y10, Z00.

Jamás me atreví a acceder a ese mundo. Y aunque me hubiese atrevido: ¿por dónde?

¿Qué dimensión era ésa? ¿Podrías regresar si te perdías por allí?

Cada vez que alguno se me aproximaba (así lo digo, pues yo jamás tuve intención de hacerlo) escuchaba como cuando una emisora de radio no acaba de sintonizar y comienzan a oírse como los berridos de los cables, como si las chicharras estuvieran sobrepasadas de delirio.

Se me ocurría que era un lugar lleno de peligrosas fieras que permanecían al acecho tras esa rara arquitectura ortopédica.

Aquellos cables tendidos podían dejarte electrocutado con solo mantener unos segundos la mirada.

Así que vivía temeroso de un encuentro fortuito, o de resbalar accidentalmente, o de que algún descerebrado pudiera empujarme y caer allí adentro.

Afortunadamente no soy el único, aunque no solemos hablar de

ello, yo diría que al menos unas doscientas personas, en paridad de sexo, padecemos esta misma rinofofia.

Mi oftalmólogo me ha recetado un colirio de protección veintiocho para evitar lo que el llama un trabalenguas sinestésico, que a veces me ha durado ocho semanas y media: monos de colores saltando sobre paralelas y haciendo sus deposiciones ajustándose a los grados del diapason según la cobertura que el gráfico impusiera.

Del oído no sufro tanto, más que de galimatías confusa —como antes os he dicho—, lo que compenso con un antídoto sonoro, aunque mi médico de cabecera recomienda mejor el goteo sobre palangana, cuyas ondas acústicas ablandan con mayor facilidad el infortunio.

Dicho esto, no sería honesto si ocultara que hace apenas unos días, precisamente cuando comenzaron las lluvias, atravesaba la calle a toda prisa porque había olvidado el paraguas y con escasa visibilidad entré a todo trapo en el guaján de la filatelia donde tra-

bajo. Cuando quise darme cuenta, estaba dando traspiés por una escalera que me precipitaba hacia un sótano desconocido (me había equivocado de portal), pude evitar los escalones pero terminé dando de bruces en la moqueta amarina del almacén farmacéutico. El intenso olor a guichapinas me dejó tan aturdido que tardé en ver lo que sucedía en la pantalla que se desplegaba de un extremo al otro de la pared. Ya era tarde para reaccionar cuando aquella cizaya relumbrante marcaba su propio ritmo de devoción ante un nutrido grupo de gente embatada que me acogió con no tanta sorpresa como recelo pues, desde que entré, no aflojaron su vigilancia, tal vez sospechando que pudiera pertenecer al equipo de VentaCold Ultrasureña.

Me acoplaron en un jurrepe de orejas compartidas y sobre mis rodillas se sentó una novicia de ciento catorce Kg en canal; en tal compostura tuve que verlo todo. Ella tuvo la amabilidad de ir secándose el sudor con unas toallitas de color rosa que despintaban, de tal manera que acabé la sesión ilustrado con rodales del susodi-



cho tono por toda la cara. Pero, a lo que iba, ese día entré, mejor dicho, me metieron en esa dimensión que yo había estado evitando durante toda mi vida. Os contaré mi peripecia, mientras mi otro yo era agasajado por la despampante damisela.

Obviamente sobreviví a la aventura y podré deciros con justicia que como en cualquier viaje se corren peligros pero, si los vas superando, además de fortalecerte, va surgiendo en ti una confianza que te hace ir viendo las cosas de otra manera, incluso, si me apuráis, disfrutar del peligro.

Cuando llevaba diez minutos recibiendo fognazos que me azoraban con berrinches de colores intermitentes, pájaros voraces y travesaños melladros, me desprendí de mí mismo proyectado mediante unas alas poligonales que semejabán las celdillas de un panal, incluso, ahora que lo pienso, percibí al mismo tiempo un cierto aroma a jalea real.

Mi incursión me hizo sentirme como en avatar; aquel paisaje estaba lleno de lianas, erizos semovientes, zorras cuaternarias y gigantescas libélulas que sonreían con arrogante lubricidad. Al mismo tiempo, mi cuerpo se había

estilizado hasta alcanzar los dos metros y medio, aunque esta nueva dimensión hizo aumentar mi languidez y todo me pareció que acontecía mucho más lento. Acepté los servicios de una iguana de ojos saltones y riscolados que se me ofreció como mascota ciceroana (estaba sindicada). He de decir que gracias a ella —y a un curso acelerado— mi viaje fue fructífero y, sobre todo, mi regreso resultó nada traumático.

Lo primero que hizo fue subirme hasta lo más alto de aquel jolgorio supraterráneo en un tele-silla. Me señalaba mi amiga Cisa (la iguana que os he presentado) las curiosas singladuras que en paciente disyunción nos significaban la vida desde aquel otro mundo que nos trascendía.

Al pie de estos enormes escenarios figuraban edictos en diferentes idiomas, pero tan solo pude colegir los términos latinos y logré traducir el nombre del país y las cotas referenciadas: el pan había subido en los últimos trescientos años por una rampa impresionante, mientras que aquella otra de lectores flagrantes había crecido durante los primeros minutos del milenio pero luego se había descalabrado describiendo una oronda

ladera cada vez más pelada. Me decía Cisa que en estos juegos de pértigas y cordajes, en ese bajar y subir de rampas y escaleras, estaba trazada toda nuestra vida y que era fácil tomar conciencia de toda esa realidad con solo mirarla con un poco de atención; y hasta vivenciarla —experimentarla de una manera tremendamente productiva— en tal dimensión, que para mí fuera antes terrorífica y que ahora se me presentaba como felizmente mágica.

Cisa soltó una carcajada que estremeció aquel «Valle de la Mimesis» cuando pretendí tirar de la cuerda del pan para que su precio bajara. Con una sonrisa, un tanto amarga, me señaló el atajo de la sinceridad y me invitó a zambullirme en una de sus pozas indeclinables.

Ahora estoy delante de mi lupa electrónica disfrutando de un bellísimo paisaje en el Himalaya (una rara colección de sellos timbrados en el año 73) y, ¿sabéis qué? Estoy sintiendo una especie de vacío; confieso que empiezo a echar de menos esa silenciosa red que me muestre las coordenadas naturales de aquel imponente dueño.